

SUMARIO

Texto. — Los sucesos de Melilla. Crónica de la guerra, por M. Martínez Barriónuevo. — Gibraltar, por X. — D. Gil Escardillo, diputado a Cortes por Cabeza de Vaca, por C. Frontaura. — Nuestros grabados. — La Pola (conclusión), novela original por Eva Canel, con ilustraciones de J. Cabrinety. — El servicio de Correos en China. — Libros recibidos.

Grabados. — Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos, general en jefe del ejército de África. — D. Miguel Martínez Campos, D. Rafael Moreno, y D. Laureano del Busto, ayudantes del general en jefe del ejército de África. — Fuerte de Rostogordo. Kabilas del Rif. — Vistas de Gibraltar, dos grupos con seis grabados. — Jefe de la ambulancia enviada a Melilla por la Cruz Roja de Madrid. — Un día de audiencia, copia del cuadro de J. Jiménez Aranda. — Los tenientes generales Sres. D. José Chinchilla y Onate y D. F. Primo de Rivera. — El general de división Excmo. Sr. D. Manuel Macías. — Sres. jefes y oficiales del regimiento de infantería de Toledo núm. 35. — El niño Raul Fausto Capablanca, notable ajedrecista.

LOS SUCEOS DE MELILLA

CRÓNICA DE LA GUERRA

V

Martínez Campos llegó a Melilla después de aquella serie de ovaciones obtenidas en su marcha, sin que se interrumpiesen un solo instante, desde Madrid



D. MIGUEL MARTÍNEZ CAMPOS
ayudante del general en jefe del ejército de África
(de fotografía de J. Martí)

al africano suelo; lo febril, lo inmenso, lo sobrenatural de la expectación fué en Málaga; allí, donde todos los espíritus parecían cansados de aquella tensión perenne de cada día, de cada noche, de cada minuto; allí, donde se creyera que ya no había pechos para aclamar, ni manos para aplaudir, ni ojos que llorasen, ni flores en los huertos para arrojarlas a las tropas que iban a la guerra; allí, donde creíase imposible que hubiese ya nada de esto, en fuerza de lo que ya se aplaudió, de lo que ya se lloró y de las flores que llenaron ya las calles como alfombra blanda tendida para el soldado español, hubo más aplausos, más vivas, más lágrimas y más flores que nunca: fué un delirio, un frenesí; el corazón desbordábase con aquel torrente de llamas de las imaginaciones andaluzas, aquel sol plácido de noviembre, aquellas caricias bienhechoras del aire que gime y aquel eterno color azul de las alturas. En los círculos, en las



D. RAFAEL MORENO
ayudante del general en jefe del ejército de África
(de fotografía de J. Martí)

calles, en el hogar, en los balcones, en las ventanas — aquellas ventanas clásicas de tiestecillos, entre cuyas hojas se filtraba el relámpago de los ojos de la malagueña, — en todas partes y en todos los tonos se lanzó la misma nota: la del placer infinito que pro-

dujo la noticia de ser nombrado el general para el ejército de Melilla.

Después de esto y aparte del entusiasmo de todas las poblaciones de España, que no cesa, levantándose más a cada segundo — con la despedida de los soldados al campo de operaciones, — después y aparte de esto, digo, nada ocurre en algunos días que merezca notarse; hay que poner en duda, como siempre, toda esa acumulación de telegramas, gacetas y artículos, de que es imposible hacerse eco por temor de que después haya uno ayudado a propalar perjudiciales y estrambóticas fantasías; lo que hay seguro es que Martínez Campos conferenció inmediatamente con el príncipe Araaf; que mantuvo éste sus súplicas de que los moros continuasen en su comercio con Melilla y sus afirmaciones de que trabajaba para la sumisión completa de algunos rifeños intransigentes, que son los que soliviantan y enardecen a los demás; que Martínez Campos se negó a todo de una manera rotunda, como lo hizo Macías desde el principio; que concedió el general un plazo de veinticuatro horas al príncipe para que se internase en el interior, ó se amparara en nuestro campo, porque él empezaría inmediatamente de cumplido el plazo las operaciones para el avance; que cumplido el plazo las operaciones dieron comienzo con gran expectación y ansiedad de todo el mundo, sin que hasta ahora se sepa, aunque ya se sabrá de seguro cuando estas líneas se publiquen, si Araaf se quedó en el Rif ó pasó a nuestro campo... Y con todo esto, se ha sabido a la vez que un penado maltrató torpemente a un moro adicto nuestro; que se le formó sumaria al punto y que fué fusilado; de aquí resultó la orden de que se desarmase a la partida de la muerte, la más hermosa disposición que Martínez Campos pudo tomar desde su corta estancia en Melilla, por aquello que dije en la anterior crónica, de la tristeza que, sin ahondar mucho, produce en el corazón el pensamiento de que los héroes de la campaña del Rif fueran unos presidiarios. De formarse la partida, lo mismo se hubiera podido formar con hombres del ejército. El ejército disciplinado y noble es el que debe pelear por la patria; los presidiarios, á presidio.

Sidi-Mohamet Torres envía una circular al cuerpo diplomático; recomienda con mucho miedo gran circunspección para que se evite en lo posible que los súbditos de las respectivas naciones puedan dar ocasión á encuentros con los naturales del país; en otro lado se asegura terminantemente que el emperador no tiene ganas de hacer sacrificios para castigar á los rifeños; que espera con el mayor reposo á que los



D. LAUREANO DEL BUSTO
ayudante del general en jefe del ejército de África
(de fotografía de J. Martí)

castiguen los españoles, como lo hace Francia con los argelinos cuando precisa... Por lo demás, la actitud de los moros hasta hoy no puede ser más seráfica, y hay en el mismo campo español quien cree que se construirá el fuerte Auriach sin que sea preciso sostener combate alguno. Martínez Campos no cesa mientras tanto en sus aprestos; prepárase todo, y el día 30 empiezan las obras, colocando antes las tropas de este modo: una guerrilla delante del fuerte, pero sin traspasar el límite de nuestro campo; una compañía de ingenieros está en el lugar mismo en que el fuerte ha de ser emplazado, para que reanuden las obras; á esta compañía de ingenieros le ayudan cien penados; una brigada, la del general Ortega, colócase en las avanzadas del fuerte de Camellos; refuerza la brigada una batería de montaña; otra brigada, la de Monroy, está dispuesta entre los fuertes de Cabrerizas, protegiendo con esta colocación la margen derecha del río del Oro; el reducto X está defendido por una batería, y tres piezas de Santiago hay en los tres reductos Y; la brigada del general Ribera, que cumple la orden del día, está de reserva en Camellos, y los regimientos de la Constitución, Canarias y Santiago

quedan en la llanura. Todo el mundo está dispuesto, con raciones dobles, material de sanidad y cuanto se necesita, en fin, para emprender un combate largo y decidido. En la orden del día, en que el general Martínez Campos explicaba la colocación de las fuerzas, añadió sabios consejos de táctica, manifestando que si hubiera lucha no creía preciso recordar á los jefes y oficiales que con el ejemplo se hace valeroso el soldado; que ninguna fracción podía retirarse de su puesto sin orden de su inmediato jefe; que aun en este caso remotísimo, haríase el movimiento escalonado, sin perder la unión y la disciplina; que en el movimiento de avance se tendría cuidado grandísimo de no adelantar más de lo que se ordenó para que no quedasen retrasados los sostenes; que no se haría fuego sin que lo mandaran los oficiales; que se procurara, siempre que fuese posible, recoger las cápsulas para que el enemigo no las utilizase; que cuando los accidentes del terreno lo permitieran, se cubriesen los tiradores y los sostenes, procurando dirigir los ataques de flanco á las trincheras, y combinando el fuego con los ataques de frente; que la línea avanzada de guerrillas debía ser á intervalos grandes y haciendo fuego los mejores tiradores, hasta que descubierto el enemigo, se tomaran otras medidas, y en fin, que confiaba, caso de que se rompiera el fuego, en que los soldados españoles cumplirían la misión honrosa que les confiaba la patria, que les estaba contemplando.

Así comenzaron el día 30 las obras del fuerte Sidi-Auriach. El fuego no se rompió.

A las cuatro de la tarde se suspenden las obras; ordena Martínez Campos la retirada; ni un solo hombre queda para impedir que los trabajos sean destruidos si los moros se oponen á ello, y es la prueba á que Martínez Campos somete los deseos de paz de los moros. La noche transcurre con una tranquilidad de limbo: al amanecer se nota con cierta admiración que las obras ejecutadas el día antes no han sido destruidas... ¿Habrá que traer documentos que comprueben lo que voy á decir ahora? En el corazón de muchos de aquellos hombres..., de la mayoría..., de todos, para decirlo de una vez, ¿no hubo un latido más fuerte, de ira quizás..., ¡quién sabe si de dolor!, porque las obras hechas el día antes se encontraron intactas? Aquellos soldados españoles que han paseado toda la nación para llegar á Melilla; que en todas partes fueron acogidos como salvadores; que en todas partes ofrecieron pelear por el honor de España hasta morir; que en todas las almas encontraron admiración, patriotismo, caricias para animarles á la pelea y ovaciones prematuras por las victorias que habían de ganar seguramente; aquellos soldados, desde el primero hasta el último, ¿no se habrán encogido de hombros, pensando con iras calladas que el desenlace no tiene relación, por su pequeñez, con aquello avasallador y grande, de las lágrimas del hijo de cuyos brazos le arrancaron, de la desesperación silenciosa de la mujer amada que le vió partir, de los gritos delirantes de las multitudes al despedirles y de las flores que á su paso les pusieron como alfombra?..

No, nada quiero añadir por mi cuenta, hagamos crónica: desde el instante en que se ve que ni un solo tiro se dispara para la construcción del fuerte Sidi Auriach, aplácense los delirios que produjo el nombramiento de Martínez Campos para general en jefe del ejército de operaciones en África; opínase que la satisfacción producida por el nombramiento no ha dado lugar á comprender bien la manera como se hizo; la reacción no puede ser más desconsoladora; en cuatro días solamente cambia la faz por completo... ¡Triste condición nuestra la de levantar un ídolo para cortar sus manos á continuación y escupir á sus ojos, sin causa realmente grande para levantarlo y sin motivos tampoco que justifiquen después la caída!

Sigue la construcción del fuerte; pero con gran disgusto de Martínez Campos; resulta hoy, como de costumbre en las cosas de España, que el emplazamiento del fuerte en aquel sitio es un disparate; que no debía construirse allí; que el sitio no reúne condiciones; Martínez Campos afirma que el fuerte se hará de todas maneras, pero no porque sea necesario, sino por decoro español; por esto mismo no será fuerte, ni nada; será algo construido allí para que los rifeños vean que se construyó; tenemos, en fin, que el fuerte de verdad hay que construirlo en otra parte. Una idea aterradora: ¿no será esa la satisfacción que á los rifeños se da para que no hagan armas contra nosotros, quitando ocasión á la tremenda cólera que se levantaría en toda España como *simoun* inmenso que todo lo barriese ya de una vez? No, no seamos pesimistas; eso fuera ya nuestro último dolor, nuestra vergüenza última; ábrase el alma, sonría el cielo, llegue la luz é inúndenlos...

Pero lo admirable es que haya quien se entregue